

sidad, y se olvidaron todas las leyes de la templanza. Fuese solo la fuerza del vino que habia bebido el príncipe, fuese á causa de lo debil de su constitucion, ó fuese que Dwining, lo que es mas probable, hubiese adulterado el último vaso de vino que bebió, el príncipe hacia el fin de la comida, cayó en una especie de letargo, del que no fué posible despertarle. Sir John Ramorny y Dwining le llevaron á su cuarto sin mas asistencia que la de una persona que se nombrará dentro de poco.

A la mañana siguiente se anunció estar el príncipe atacado de una enfermedad contagiosa, y para impedir se propagase por toda la casa, á nadie se admitió en su asistencia sino á su escudero mayor, su médico Dwining, y al individuo de quien va hecha mencion; uno de ellos parecia estar siempre en el cuarto, en tanto que los otros, por sus relaciones exteriores con el resto de la casa, observaban las precauciones que debian tomarse, para confirmar la opinion de hallarse peligrosamente atacado de una enfermedad contagiosa.

CAPITULO XXXII.

En las noches fastidiosas
Y pesadas del invierno,
Sentado con viejos buenos,
Si al fuego, cuentos y cosas
Te contaren de los tiempos
De calamidad y pena,
Pasados una centena
De años ó siglos luengos;
Y antes de que les dieres
Las buenas noches; pensando
Aliviarles su cuidado
Cuéntales como pudieres
De la mi caída el caso
Lamentable y desgraciado.

SHAKSPEARE. *Richard II.*

El destino del imprudente heredero del trono de Escocia era muy distinto de lo que se suponía por lo general en lo interior del castillo de Falkland. Su ambicioso tío tenia resuelta su muerte, como medio el mas eficaz para destruir la primera y mas fuerte barrera entre su

familia y el trono. Jacobo, hijo segundo del rey, era entonces un niño del que podia deshacerse mas á su placer. Las miras ambiciosas que habia concebido Ramorny, así como tambien el resentimiento que desde poco tiempo tenia contra su amo, habian formado de él un agente de Albany, dispuesto á sacrificar al joven Rothsay; y la codicia de Dwining reunida con la malignidad de su alma, le dispusieron igualmente para el mismo designio. Habíase resuelto con la crueldad calculada mas á sangre fria, el evitar quedase algun rastro de violencia, y el extinguirle la vida por la privacion de alimentos que debia destruir con prontitud una constitucion delicada y debil. No debia el principe de Escocia ser asesinado; sino, como se habia expresado Ramorny en otra ocasion, — debia solo cesar de existir.

Se habia escogido á propósito un cuarto en la torre de Falkland, destinándole para dormitorio del principe, como el mejor situado para la ejecucion del horrible proyecto. Habia una escalera estrecha y secreta, que por una trampa conducia á los calabozos subterranos del

castillo, yendo despues por un pasadizo, que guiaba al señor feudal cuando queria visitar en secreto y disfrazado á los moradores de aquellas regiones, dedicadas al dolor y desesperacion. Por esta escalera bajaron los malvados al principe, sepultado en un letargo, al fondo de un calabozo, abierto tan á lo profundo de la tierra, que no se podian oir ni los gemidos ni los gritos del cautivo, al paso que la solidez de la puerta, de los goznes y cerradura, hubieran resistido por mucho tiempo á los esfuerzos hechos para derribarla en el caso mismo de que se hubiera llegado á descubrir la entrada. Bonthron, á quien se habia salvado de la horca para que tomase parte en este nuevo crimen, vino á ser el instrumento de Ramorny para ejecutar este acto de inaudita crueldad contra su amo á quien se hacia traicion.

Este miserable volvió á entrar en el calabozo precisamente cuando comenzaba el principe á salir de su letargo, y cuando, recobrando el sentido, se halló penetrado de un frio mortal, y cargado de cadenas que con dificultad le de-

jaban algun movimiento libre, tendido como estaba en paja húmeda; su primera idea fué parecerle hallarse en un horrible sueño, — la segunda le ofreció un presentimiento confuso de la verdad. — Llamó, gritó, dió alaridos frenéticos; pero nadie vino á socorrerle, respondiéndole únicamente el eco de sus gritos en la bóveda. El agente infernal oyó estas exclamaciones de desesperacion, y se deleitó en ellas como por indemnizacion de los sarcasmos y reprensiones que le tenia hechas el príncipe, por consecuencia del odio que le inspiraba un impulso de instinto contra este malvado. Cuando el desgraciado joven fatigado, y perdiendo toda esperanza, guardó silencio, resolvió el bárbaro presentarse á vista de su prisionero; corrió los cerrojos, desenganchó la cadena y abrió la puerta. Rothsay se incorporó á proporcion que sus cadenas se lo permitían; un resplandor rojizo que se extendió por el calabozo, le hizo al principio cerrar los ojos, y cuando los abrió, fué para reconocer la figura salvaje de un ser que debía él pensar muerto; dejóse caer sobre la paja horrorizado.

— Juzgado estoy y condenado, exclamó él, y el mas abominable demonio enviado por el infierno ha venido para darme tormento.

— Yo vivo, milor, dijo Bonthron, y para que vos vivais y goceis de la vida, poneos sentado y tomad vuestro desayuno.

— Librame de estas cadenas, dijo el príncipe; sácame de este calabozo, y por mas criminal que seas, vendrás á ser el hombre mas rico de Escocia.

— Aunque me pesarais á oro vuestras cadenas, respondió Bonthron, quiero mas veros cargado con ellas, que poseer ese tesoro. — Pero mirad, gustabais de hacer buenas comidas, ved aquí la que os he preparado.

Al decir esto, el miserable con una risa diabólica tomó un paquete que llevaba debajo del brazo, y quitando un pedazo de cuero que le cubria, pasó varias veces sobre él la luz del velon que traía, mostrando al infeliz príncipe la cabeza de un buey recientemente cortada, lo que en Escocia estaba reconocido como una señal de muerte inevitable; la puso á los pies de la cama ó mas bien del

camastro en que se hallaba tendido el príncipe.

—Economizad bien esos viveres, añadió él, porque es probable se pase tiempo antes que tengais otra comida.

—Dime sola una cosa, miserable, dijo Rothsay; ¿sabe Ramorny del modo con que se me trata?

—¿Sin esto como te se hubiera engañado para venir aquí? respondió el asesino; ¡pobre habieca, tú te dejaste atrapar en el lazo!

Al decir esto, cerró la puerta, echó los cerrojos, y dejó la soledad y desesperacion al desgraciado príncipe.

— ¡O padre mio! ¡padre mio! exclamó él, tú ciertamente has sido profeta! El baston en que me apoyaba ha venido á ser un dardo.

No nos dilataremos en hablar de las horas y los dias que pasó hecho presa de todos los padecimientos y penas del cuerpo y el espíritu.

Mas no era la voluntad del Cielo se cometiera impunemente un crimen tan atroz.

Catalina Glover y la cantora, aunque desa-

tendidas y nada observadas por los habitantes del castillo, quienes no parecian ocuparse mas que de la situacion del príncipe, no pudieron sin embargo lograr el permiso de salir de él, antes que se viese como terminaba esta enfermedad alarmante, y si realmente era contagiosa. Obligadas á juntarse para servirse de compañía recíprocamente, vinieron á ser compañeras estas dos mugeres, ya que no amigas; y su union se hizo mas íntima, cuando Catalina supo que ella era puntualmente la cantora, por cuya causa Enrique habia caído en desgracia para con ella. Oyó con sumo placer el modo con que esta joven justificaba completamente á su protector, y le tributaba todos los elogios que su conducta merecia; por otra parte, Luisa que conocia la superioridad de la condicion y genio de Catalina, insistia voluntariamente sobre un asunto que parecia muy de su gusto, y ella probaba su reconocimiento para con el valiente armero, repitiendo muchas veces la cancion del *Gorro Azul*, que fué una cancion favorita por mucho tiempo en Escocia.

¡ O gorro azul siempre fiel, altivo,
De tu palabra paladin y esclavo,
De corazón por tu dama, tierno, vivo,
Cual lanza firme en tu puño bravo!
Haz que mi canto, según le concibo,
Tenga carácter en todo sagrado;
Pues por Europa ya no percibo
Un gorro azul cual tú tan salado.

Blandiendo la lanza y alzando espada,
De los caballeros he visto la flor
En Francia, por ello, bien ponderada,
Todos de laurel con gracia y primor
La su belicosa frente ceñida.
De los Bretones lo diestro he mirado.
En disparar... No he visto en mi vida
Un gorro azul cual tú tan salado.

En una palabra, aunque la profesión poco honrosa de la cantora hubiera sido para Catalina en cualquier otra circunstancia un motivo que la hubiera impedido hacerla voluntariamente su compañera, con todo eso, como estaba precisada á pasar con ella días enteros, halló Luisa todas las atenciones de una humilde compañera.

Vivieron así cuatro ó cinco días, y para evitar lo posible las miradas y tal vez la descortesía de los criados, preparaban ellas mismas

la comida en su cuarto. No obstante, como era indispensable cierta relación con las gentes de la casa, Luisa más acostumbrada á buscar recursos, más resuelta por hábito, y deseando dar gusto á Catalina, se encargaba voluntariamente de bajar á la oficina y de pedir al mayordomo lo necesario para su frugal comida, que preparaba ella después con toda la destreza de su país.

Había descendido Luisa con este intento el sexto día poco antes de las doce, y el deseo de respirar un aire fresco, ó la esperanza de hallar algunas verduras con que hacer una ensalada, yerbas ó flores tempranas para poner sobre la mesa, la condujo al jardinito dependencia del castillo. Volvió al cuarto que habitaban en la torre pálida como la muerte, y agitada como la hoja del álamo temblon. Comunicóse su terror inmediatamente á Catalina, quien apenas tuvo ánimo para preguntarla qué nueva desgracia acababa de suceder.

- ¿Ha muerto el duque de Rothsay?
- ¡Peor! le matan de hambre.
- ¡Qué locura, Luisa!

— ¡No! ¡no! ¡no! ¡no! exclamó Luisa, sin poder apenas respirar, hablando bajo, y tan aprisa que con trabajo podía percibir Catalina lo que decia. Buscaba yo algunas flores para poner sobre la mesa porque ayer me habiais dicho gustabais de ellas. Mi pobre perrillo entró en un matorral de tejos y acebos que habia entre las ruinas viejas cerca de la pared del castillo, y se vino á mí ahullando en tono lamentable; adelantéme para saber la causa, y oí un gemido como si alguno se hallara ya muy á los últimos, pero tan debil que parecia salir del centro de la tierra. En fin advertí salida de una hendidura que habia en la pared cubierta de yedra, y luego que apliqué el oido reconocí distintamente la voz del príncipe que decia: — Esto no puede ya durar mucho tiempo; — y entonces me pareció que rezaba.

— ¡Justo cielo! y ¿le habeis hablado?

— Yo le dije: — ¿sois vos, milor? y él respondió: — ¿Quién me da ese nombre por escarnio? Le pregunté como podia ayudarle; y él me respondió con un tono de voz que jamás olvidaré: — ¡Alimento, me muero de hambre!

— Yo he venido al instante para daros parte de todo. ¿Qué se debe hacer? ¿pondremos la casa en alarma?

— ¡Ah! en lugar de socorrerle, seria esto tal vez acelerar su muerte.

— ¿Pues, qué haremos?

— Todavía no sé nada, respondió Catalina, pronta y atrevida en las ocasiones importantes, aunque con menos destreza que su compañera para encontrar arbitrios en las ordinarias; todavía no sé nada, pero haremos algo. Un descendiente de Bruce no perecerá por falta de socorros.

Al decir esto tomó la olla que tenia el caldo y la carne con que se habia hecho, envolvió en un pico de su capote algunas tortas delgadas, que habia hecho y cocido en el rescoldo, y haciendo seña para que la siguiera su compañera con una jarrita de leche, parte de sus provisiones, tomó á toda prisa el camino del jardin.

— ¡Oh! ¡oh! nuestra bella vestal ha salido de su cuarto; dijo un criado, la sola persona que halló; pero Catalina no se detuvo, ni le respondió, y llegó al jardin sin mas interrupcion.

Luisa le mostró un monton de escombros cubiertos de zarzas, que crecian cerca de la pared del castillo. Probablemente eran restos de algun edificio voladizo que se juntaba en otro tiempo con el castillo, y en el que terminaba la estrecha abertura en comunicacion con el calabozo, sin duda para darle ventilacion. El tiempo y el mal estado de la pared habian ensanchado un poco esta hendidura, de modo que dejaba penetrar á lo interior un debil rayo de luz, aunque los que entraban en él con hachas encendidas no podian advertirla.

— ¡Este es el silencio de la muerte! dijo Catalina despues de haber escuchado atentamente un poco. ¡Justo cielo! ¡Ya no vive!

— Es necesario arriesgarse alguna cosa, dijo Luisa pasando de pronto los dedos por las cuerdas de su instrumento.

Un suspiro fué la sola respuesta que salió de lo profundo del calabozo.

Catalina entonces se atrevió á hablar: — Aquí estoy yo, milor, aquí estoy yo que vengo á traeros alimento.

— ¡Ah Ramorny! esta chanza cruel viene demasiado tarde, yo me muero.

— Su juicio está trastornado, dijo para sí Catalina, nada hay menos extraño. Pero en tanto que resta vida, aun hay esperanza.

— Soy yo, milor, es Catalina Glover. Os traigo alimento; pero no sé como hacérosle tomar.

— El Cielo te bendiga. Yo creía ya mis tormentos acabados, pero los siento que renacen oyendo hablar de alimento.

— Yo os le traigo, milor: pero ¿cómo podré yo hacer que le podais alcanzar? ¡Es tan estrecha la abertura! ¡La pared tan gruesa! ¡Ah! ya sé como. Si, pronto, Luisa, córteme vm. una rama de sauce la mas larga que se halle.

La cantora obedeció al momento, y habiendo Catalina rajado la extremidad gruesa de la rama, envió al príncipe por este medio las tortas que habia traído, y que habia mojado en el caldo con el intento de que le sirvieran á la vez de alimento y de bebida.

Comió poco y con dificultad el desgraciado príncipe; pero invocó todas las bendiciones del

Cielo en favor de quien le habia traído este socorro.

— Yo quise haceros víctima de mis vicios, dijo él, y vos sois quien procurais salvarme la vida. Pero retiraos y cuidado con que os vean.

— Yo os traeré alimento cuando se me proporcione coyuntura, dijo Catalina. Pero á este tiempo la dijo Luisa, tirándola por la manga, que guardara silencio y que se ocultase.

Escondiéronse ambas detrás de las ruinas, y oyeron á Ramorny y Dwining que conversaban, y se paseaban por el jardín.

— Es mas fuerte de lo que yo pensaba, dijo el primero á media voz. ¿Cuánto tiempo resistió Dalvolsey cuando el caballero de Liddsdale le tuvo encerrado en el castillo de la Ermita?

— Quince dias, respondió Dwining; pero era un hombre robusto, y halló algun socorro en el grano que caía de un granero situado encima de su prision.

— ¿No valdria mas acabar este negocio por un medio mas pronto? Douglas el Negro viene

hácia esta parte. Él no está en el secreto de Albany; dirá que quiere ver al principe: es preciso pues, que todo esté ya concluido cuando llegue. Alejáronse continuando esta conversacion espantosa.

— Ahora vámonos al patio, dijo Catalina á su compañera, cuando vió que habian ellos salido del jardín. Yo habia formado el plan de escaparme, lo que haré por salvar al principe. La lechera viene ordinariamente á la hora de visperas y acostumbra dejar su capote en el pasillo para ir á llevar la leche á la oficina. Tomad pues esta misma capa y ponéosla, presentaos despues con serenidad á la puerta. El portero casi siempre está borracho á estas horas; os tendrá por la lechera, y si teneis un poço de firmeza pasareis la puerta y el puente levadizo sin que piense deteneros. Vamos, id en busca de Douglas, porque este es el socorro mas pronto, el único socorro que podemos esperar.

— Pero ¿no es este el mismo señor que me tiene amenazada con un castigo vergonzoso?

— Creedme, Luisa, serés tales como vos y

como yo no permanecen una hora en la memoria de Douglas ni para bueno ni para malo. Decidle que su yerno, el príncipe de Escocia muere en el castillo de Falkland, que muere con una muerte lenta causada por el hambre. Alcanzareis de él no solo el perdon sino tambien un premio.

— No miro yo mucho la recompensa. Una accion buena trae consigo misma el premio. Pero me parece mas peligroso quedarse aqui que partir. Yo seré quien se quede, tomaré á mi cuidado alimentar al príncipe desgraciado, y vos ireis en busca de socorro. Si me matan antes de que volvais, ahí os queda mi gaita, y encargaos de dar de comer á mi pobre Carlote.

— No, Luisa, vos sois una viajante mas privilegiada y experimentada que yo. Vos partireis, y si á vuestra vuelta me hallais muerta, lo que no es imposible, llevad á mi pobre padre este anillo y este rizo de mis cabellos, y decidle que ha muerto Catalina trabajando por salvar la sangre de Bruce. Dad tambien estotro rizo á Enrique, diciéndole que Catalina le ha

tenido presente hasta el último instante de su vida, y que si la juzga muy escrupulosa, en cuanto á la efusion de sangre de los demás, él mismo verá que no lo hacia por el gran precio en que tenia la suya.

Abrazáronse sollozando, y pasaron el resto del dia hasta por la tarde en discurrir medios mejores para dar el alimento al preso, y en hacer un tubo con cañas que entraran unas en otras para que pudiera tomar los líquidos. Al fin la campana del lugar de Falkland tocó á visperas. La lechera llegó con sus cántaros para traer la provision ordinaria de leche, y para contar ó saber las novedades que corrian. Luego que hubo entrado ella en la oficina, echándose de nuevo Luisa en los brazos de Catalina, y asegurándola de su inviolable fidelidad, bajó con silencio la escalera llevando su perrito debajo del brazo. Catalina, que apenas podia respirar, la vió pasar un momento despues muy sosegada por el puente levadizo, y arropada con el capote de la lechera.

— Digo, ¡May Brígida! dijo en alta voz el portero ¡muy pronto se va vm. esta tarde! Ya

no se gastan fiestas en la oficina, ¿no es verdad? Alegría y enfermedad no hacen buenas parias.

— Se me han olvidado las tarjas, respondió la provenzal con una presencia de ánimo admirable, voy á buscarlas y vuelvo en menos que se desnata un tarrillo de leche.

Y continuó su camino, no quiso pasar por el lugar de Falkland, y tomó una sendilla que atravesaba el parque. Catalina respiró con mas libertad, y dió gracias á Dios cuando la vió desaparecer á lo lejos. Pasó sin embargo con alguna inquietud una hora, que tardó en advertirse la huida de Luisa; lo que sucedió tan pronto como la lechera, despues de haber tardado una hora en hacer lo que pudiera concluir en diez minutos, descubrió, cuando trataba de marcharse, que le faltaba su capote de frisa parda. Buscóse inmediatamente con todo cuidado, y en fin las criadas de la casa se acordaron de la cantora, y comenzaron á sospechar que tal vez habia querido cambiar un capote viejo por uno nuevo. Preguntaron al portero, quien dijo y sostuvo que habia visto partir á

la lechera poco despues de visperas, y presentándosele ella misma para desmentirle, no tuvo otra excusa que dar, sino que habia tomado el diablo su figura.

Sin embargo como se buscó á la cantora por toda la casa y no se la pudo hallar, fué facil adivinar la verdad; y el intendente fué á decir á sir John Ramorny y á Dwining, entonces poco menos que inseparables, como una de sus dos cautivas se habia escapado. La menor cosa excita sospechas en los criminales. Miráronse uno á otro consternados, y fueron juntos inmediatamente al cuarto de Catalina, con el fin de sorprenderla todo lo posible, y de preguntarla sobre el hecho de haber desaparecido Luisa.

— ¿Dónde está vuestra compañera, joven? dijo Ramorny con severidad.

— Yo no tengo aquí compañera, respondió Catalina.

— ¡Nada de chanzas! replicó el caballero. Hablo de la cantora que vivia con vos en este cuarto.

— Se ha ido, segun dicen, respondió Ca-